

gimiendo por lo cara que está la vida y suplicando una limosna, etc. Si Cosimo le pensionaba,⁸⁷ y con una suma bastante respetable (160 ducados anuales en los últimos tiempos), teniendo en cuenta su poca inclinación para cuanto supusiese gastar dinero, era, por razón de considerarle peligroso como agente de España. Aretino podía permitirse soltar la lengua contra Cosimo, burlándose de él e injuriándole, pero en cierta ocasión amenazaron al encargado de negocios florentino con obtener de Cosimo su destitución. Y aunque al fin, el Medici llegó a saber que Carlos V conocía sus propósitos y pensamientos, no le pareció conveniente que en la Corte imperial circularan chistes a costa suya ni versos burlones compuestos por Aretino. Es muy graciosa su lisonja al "alcaide de Musso", el Marqués de Marignano, que había intentado fundar un Estado propio. Agradeciéndole el envío de cien escudos, le escribe Aretino: "Tenéis todas las cualidades que debe poseer un príncipe, y todos lo verían así si la violencia inevitable en todo principio no os hiciera aparecer un poco rudo (*aspro*)".⁸⁸

Se ha hecho notar a menudo, co-

⁸⁷ Ver para el texto a continuación Gaye, *Carteggio*, II, págs. 336, 337 y 345.

⁸⁸ *Lettere*, ed. Venecia, 1539, fol. 15, del 16 de junio de 1529.

mo algo particular, que Aretino, en su maledicencia, sólo se ocupó del mundo, sin blasfemar nunca contra Dios. Teniendo en cuenta su conducta general, nada nos importa, realmente, lo que creía, como nada nos importan los escritos edificantes que publicó por motivos exclusivamente exteriores.⁸⁹ Por otra parte no alcanzo a ver qué hubiera podido moverle a blasfemar. No ejercía la profesión docente, ni era pensador ni escritor teórico; tampoco podía obtener de Dios sumas de dinero recurriendo a lisonjas y amenazas, lo que quiere decir que no pudo sentirse acuciado a la blasfemia por una negativa. Hombre de esta catadura moral no iba a tomarse molestias desinteresadamente.

Nada habla tanto en pro del espíritu italiano de nuestros días que poder comprobar cómo conductas y caracteres de este tipo hayan llegado a ser total y absolutamente imposibles. Pero desde el punto de vista de la consideración histórica, Aretino, en su lugar y en su momento, será siempre una figura importante y significativa.

⁸⁹ Podría esto deberse a las esperanzas que tenía puestas en el capelo, o bien al miedo de las cruentas sentencias de la Inquisición — a la cual se había atrevido a censurar ásperamente todavía en 1535 (*ibid.*, folio 37) — que aumentaron repentinamente desde la reorganización del tribunal en 1542, que impuso silencio general.

TERCERA PARTE

EL RESURGIR DE LA ANTIGÜEDAD

I. OBSERVACIONES PRELIMINARES

Llegados a este punto de nuestra sinopsis de la historia de la cultura, tócanos ahora considerar el mundo antiguo cuyo "renacimiento ha dado nombre, con parcialidad evidente, a toda esta época. Las circunstancias aludidas hasta ahora y los acontecimientos descritos habrían conmovido a la nación, y la habrían hecho alcanzar madurez, aunque en nada se hubiera advertido la influencia de la Antigüedad; aún las orientaciones del espíritu a que más adelante nos referiremos podrían concebirse perfectamente sin su influjo, en su mayoría por lo menos. Pero tanto lo que antecede, como lo que a continuación veremos aparecer, por modo múltiple, coloreado y matizado por reflejos del mundo antiguo, y aunque lo esencial de las cosas fuera posible y comprensible sin tal influencia, siempre tendríamos que su manera de manifestarse en la vida sólo con ella y a través de ella pudo alcanzar un desdoblamiento efectivo. El Renacimiento no hubiera sido el alto conocimiento históricocultural que fue, si pudiéramos disociar sus elementos tan fácilmente. Pero hemos de insistir — como uno de los temas primordiales del presente libro — en el hecho de que no sólo él, sino su íntima alianza con el espíritu del pueblo italiano, existe ya, fue lo que a-nyugó al mundo de Occidente. La libertad conservada por este espíritu fue variable según las circunstancias. Si la consideramos, por ejemplo, en la literatura escrita en latín, de parecernos bien escasa; pero en las artes plásticas, por ejemplo,

y en otras esferas, fue sorprendentemente grande y no cabe duda que la alianza entre dos épocas culturales del mismo pueblo, muy separadas entre sí, precisamente por su elevada independencia se reveló como algo justificado y fecundo. El resto de Occidente tuvo que verse defendiéndose del impulso que llegaba de Italia, o asimilándolo, íntegramente o a medias. Allí donde aconteció esto deberían ahorrarse los lamentos sobre la temprana muerte de nuestras formas culturales medievales y del mundo ideal en que germinaron. Si hubieran podido defenderse eficazmente, vivirían aún. Si los espíritus elegíacos que vuelven a esa Edad Media la mirada nostálgica se vieran obligados a pasar en ella aunque sólo fuese una hora, reclamarían con apremio la luz y la atmósfera modernas. Es indudable que en los grandes procesos de aquel tipo ha de perecer esencialmente algún noble y valioso brote original, si no queda imperecederamente salvado por la tradición y la poesía. Pero no por ello cabría desear que no se hubiese producido el gran hecho total. El hecho total consiste en este caso en que, junto a la Iglesia que hasta entonces — y no va a ser por mucho tiempo ya — había mantenido la cohesión del Occidente, surge un ambiente espiritual nuevo que, irradiando de Italia, llega a convertirse en atmósfera vital para todo europeo culto. Lo que en este caso podría ser objeto de severa crítica sería su carácter impopular, el divorcio entre cultos e incultos, que

en aquel momento surgió necesariamente. Pero advertiremos que esta crítica carece en absoluto de valor, en cuanto consideremos que hoy mismo, aunque se reconoce el hecho claramente, no puede considerarse superado. Por lo demás, este divorcio no es en Italia tan rudo e implacable como en otros países. El más grande de sus poetas cultos, Tasso, está en todas las manos, hasta en las de los más pobres.

La Antigüedad romana y griega, que, desde el siglo XIV, de modo tan poderoso intervino en la vida italiana como punto de apoyo y fuente de cultura, como meta e ideal de la existencia y en parte también como nuevo y consciente contraste, esta misma Antigüedad había influido ya parcialmente en toda la Edad Media no italiana. El tipo de cultura que tuvo en Carlomagno un representante no era, en esencia, otra cosa que un Renacimiento frente a la barbarie de los siglos VII y VIII, y tenía que serlo. Y así como en la arquitectura del Norte, además de la base formal, general, heredada de la Antigüedad, se van induciendo también formas antiguas ya de un modo claramente directo, así también toda la erudición refugiada en los conventos va asimilando gradualmente una importante suma de elementos procedentes de autores romanos. A partir de Eginardo, hasta el estilo no deja de ser imitado de los antiguos.

La Antigüedad despierta en Italia de modo distinto que en el Norte. Tan pronto como la barbarie cesa, surge aquí, en este pueblo, aún semiantiguo, el reconocimiento del propio pasado. Lo ensalza y desea tornar a él. Fuera de Italia se trata de la utilización sabia, reflexiva, de determinados elementos de la Antigüedad; en Italia, no sólo los sabios, sino también el pueblo, toman partido por la Antigüedad de una manera objetiva, pues en ella hallan el recuerdo de la propia grandeza. La fácil comprensión del latín

y la multitud de recuerdos y de monumentos existentes aún, favorecieron enormemente aquella tendencia. Basándose en ella y en la reacción del mismo espíritu popular —que, sin embargo, había llegado a ser diferente— ante las instituciones estatales de origen germánico-longobardo, el ambiente caballeresco general de Europa, otras influencias culturales procedentes del Norte y ante la Religión y la Iglesia, surge y va condensándose la nueva modalidad, es decir, el espíritu italiano moderno, llamado a dar la pauta y a constituir el modelo de todo el Occidente.

De qué modo empieza a manifestarse lo antiguo en las artes plásticas, en cuanto cesa la barbarie, puede verse, por ejemplo, en las construcciones toscanas del siglo XII y en las esculturas del siglo XIII. Tampoco faltan los paralelos en la poesía, si hemos de considerar italiano al más grande de los poetas latinos del siglo XII, el que dio el tono para todo un género en la poesía latina de entonces. A él pertenecen las mejores composiciones de los *Carmina Burana*. En el magnífico caudal de aquellas estrofas rimadas palpita una irrefrenada complacencia en el mundo y en sus goces, y como genios tutelares aparecen de nuevo los dioses paganos. El que las lea de corrido no podrá menos de dejarse ganar por la sospecha que en ellos habla un italiano, un lombardo sin duda. Pero es que existen también sus motivos precisos para suponerlo así.¹ Hasta

¹ *Carmina Burana*, en la *Bibliothek des literarischen Vereins in Stuttgart*, tomo XVI. La estancia en Pavia (págs. 68 y 69), la localización italiana en general, la escena con la "pastorella" bajo el olivo (pág. 145), la visión de un "pinus" como árbol de pradería de amplia sombra (página 156), el reiterado uso de la palabra "bravium" (págs. 137 y 144) y especialmente la forma "Madii" por "Maji", parecen hablar en favor de nuestra tesis. Que

cierto punto, todas estas poesías latinas de los "clerici vagantes" del siglo XII, con toda su viva y sorprendente frivolidad, constituyen sin duda un producto común europeo. Ahora bien, quien compuso el canto *De Phyllide et Flora* y el *Aestuans interius* no era seguramente un nórdico... ¿Y podía serlo, por ventura, el fino y observador sibirita autor de *Dum Dianae vitrea sero lampas oritur*? Topamos aquí con un renacimiento de la concepción antigua del mundo, que se nos muestra con claridad mayor al contrastarla con las formas rimadas medievales. Encontramos, tanto en este siglo como en el siguiente, algunos trabajos en que se imitan hexámetros y pentámetros con el mayor cuidado, en que se observan toda clase de aditamentos tomados a la Antigüedad, principalmente de índole mitológica, y que, sin embargo, ni remotamente nos producen el efecto de los casos antiguos. En las crónicas hexamétricas y otras producciones por el estilo, a partir de Guelhelmus Appulus, nos encontramos con un diligente estudio de Virgilio, de Ovidio, de Lucano, de Estacio y de Claudiano, pero la forma antigua es cosa elaborada y sabia, lo mismo que los temas antiguos en los compiladores del tipo de Vincent de Beauvais o en el mitólogo y alegórico Alanus ab Insulis. El Renacimiento no consiste precisamente en la imitación y compilación fragmentarias, sino que es

el poeta se llame a sí mismo Walther, nada decisivo nos dice en cuanto a su origen. Generalmente se le identifica con cierto Walther Mapes, canónigo de Salisbury y capellán de los reyes de Inglaterra hacia fines del siglo XII. Más recientemente se pretende reconocer en él a cierto Gautier de Lille o de Chatillon: véase Giesebrecht, en Wattenbach. *Deutschlands Geschichtsquellen im Mittelalter* (págs. 331 y sigs.) Hoy suelen repartirse estas composiciones entre autores ingleses, alemanes y franceses.

renacimiento integral, y eso es lo que aparece en las poesías del clérigo desconocido del siglo XII.

Este movimiento de retorno a la Antigüedad puede decirse que, en gran escala y de una manera general y decidida, sólo se inicia en los italianos con el siglo XIV. Requería un desarrollo de la vida urbana como sólo se dio en Italia y en aquellos tiempos: convivencia e igualdad efectiva entre nobles y ciudadanos y constitución de una sociedad general (ver página 79) que sintiera la necesidad de la cultura y que dispusiera de tiempo y de medios para satisfacerla. Pero la cultura al pretender liberarse del mundo fantástico de la Edad Media, no podía llegar, de súbito, por simple empirismo, al conocimiento del mundo físico y espiritual. Necesitaba un guía, y como tal se ofreció la Antigüedad clásica, con su abundancia de verdad objetiva y evidente en todas las esferas del espíritu. De ella se tomó forma y materia, con gratitud y con admiración, y ella llegó a constituir, por lo pronto, el contenido principal de la cultura.² También las circunstancias generales de Italia eran propicias. El Imperio medieval, desde la caída de los Hohenstaufen, o había renunciado a Italia, o no podía sostenerse en ella; el Papado se había trasladado a Aviñón; la mayoría de las potencias efectivas eran ilegítimas y estaban basadas en la violencia. Mas el espíritu que había despertado y se sentía consciente, buscaba con afán un nuevo ideal firme y así fue como pudieron surgir la ilusión y el postulado de un predominio universal romanoitaliano, que, apoderándose del ánimo de las gen-

² Eneas Silvio (*Opera*, página 603, Epist. 105, al archiduque Segismundo), por ejemplo, nos describe, en rauda sinopsis, cómo la Antigüedad puede servir de maestro y guía en todas las altas esferas de la vida.

tes, las llevó hasta intentar una realización práctica con Cola de Rienzi. La manera como éste concibió su misión durante su primer tribunado sólo podía terminar en una extravagante comedia; mas para el sentimiento nacional el recuerdo de la Roma antigua no fue, ni mucho menos, un apoyo exento de

II. ROMA, CIUDAD DE RUINAS

Las propias ruinas de Roma gozaban entonces de una veneración muy distinta de la que inspiraban cuando fueron escritas obras como *Mirabilia Romae* o la compilación de William de Malmesbury. La fantasía del peregrino devoto, del creyente milagrero y el excavador de tesoros queda superada en las descripciones por las figuras del historiador y el patriota. En este sentido deben comprenderse las palabras de Dante: "Las piedras de los muros

³ Para más detallada consideración ver Roscoe, *Lorenzo il Magnifico* y Leo X, así como Voigt, *Enea Silvio*, y Papencordt, *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter*. Referimos a los *Commentarii urbani* de Rafael Volaterranus a quienes quieran formarse una idea de las proporciones que adquirió el afán de aprender entre las gentes de espíritu de comienzos del siglo XVI. Puede aquí verse cómo la Antigüedad constituía el acceso y el contenido principal de toda disciplina del conocimiento, desde la geografía y la historia local, pasando por las biografías de los poderosos y personalidades célebres, por la filosofía popular y la moral y las distintas ciencias especiales, hasta el análisis completo de Aristóteles con que termina la obra. Para ahondar en toda su importancia como fuente cultural habría que compararla con todas las enciclopedias anteriores. (La excelente obra de Voigt *Die Wiederbelebung des Klassischen Altertums* nos ofrece, desde múltiples puntos de vista, una concienzuda consideración sobre este tema.)

valor. Equipados de nuevo con su cultura, no tardaron los italianos en sentirse de manera efectiva la nación más adelantada del mundo.

Bosquejar este movimiento de los espíritus, no en su forma plena, sino en esencia, sólo en sus contornos y en sus comienzos, constituirá nuestro propósito inmediato.³

de Roma merecen veneración y el suelo sobre el cual está levantada la ciudad es más egregio de lo que dicen los hombres." No obstante, de la enorme frecuencia de los jubileos apenas queda un recuerdo devoto en la literatura propiamente dicha; el mayor beneficio que saca Giovanni Villani del jubileo del año 1300 es su decisión de consagrarse a la historia (véase página 43), despertada en él por la contemplación de las ruinas romanas. En Petrarca descubrimos aún un estado de ánimo que divide el interés entre la Antigüedad clásica y la cristiana.⁴ Nos cuenta como, acompañado de Giovanni Colonna, escalaba frecuentemente las gigantescas bóvedas de las termas de Diocleciano.⁵ Allí, en el aire puro, en el silencio profundo, ante la vasta perspectiva que se abría ante ellos, conversaban no sobre negocios, ni sobre política, ni sobre cuestiones domésticas, sino sobre la Historia con la mirada puesta en las ruinas insinuándose la preferencia de Petrarca por la Roma pagana y la preferencia de Giovanni por la cristiana. La conversación se extendía luego sobre temas de filosofía y sobre los descubridores del arte. ¡Cuántas veces

⁴ Dante, *Convito*, tratado IV, capítulo 6.

⁵ *Epp. familiares*, VI, 2 (pág. 657) manifestaciones sobre Roma antes de haberla visto en *ibid.*, II, 9 (pág. 600) ver II, 14.

a partir de entonces —hasta los tiempos de Gibbon y Niebuhr— ha inspirado este mundo de ruinas la meditación histórica!

Aquel doble sentir se evidencia también aún en Fazio degli Uberti en su *Dittamonda* compuesto hacia el año 1360, una descripción de viaje fingida y visionaria; el viejo geógrafo Solinus le acompaña, como Virgilio a Dante. Visitan Bari en honor de San Nicolás, Monte Gargano por devoción al arcángel san Miguel; en Roma se menciona la leyenda de la Araceli y la de santa María de Trastévere... Sin embargo, predomina ya visiblemente la magnificencia profana de la Roma antigua. Una noble anciana de desgarrada túnica —Roma misma— narra la historia gloriosa y describe prolijamente los antiguos triunfos;⁶ conduce después a los forasteros por la urbe, sirviéndoles de guía, ilustrándoles sobre las siete colinas y sobre un sinfín de ruinas venerables... *che comprender potrai, quanto fui bella!*

Desgraciadamente esta Roma de los papas avignonenses y cismáticos no era, por lo que se refiere a los restos de la Antigüedad, lo que había sido unas cuantas generaciones antes. Una terrible devastación, que debió de privar de su carácter a los más importantes edificios que aún quedaban, fue la demolición de ciento cuarenta moradas, bastante firmes, de nobles romanos, ordenada por el senador Brancalcione en el año 1258; la nobleza se había instalado, sin duda, en las ruinas más

⁶ *Dittamondo*, II, cap. 3. El cortejo recuerda aún, parcialmente, a los ingenuos cuadros de los tres Reyes Magos y su séquito. La descripción de la ciudad (II, cap. 31), desde el punto de vista arqueológico, no carece por completo de valor. Según Polistone (Muratori, XXIV, columna 845) Niccolò y Ugo de Este hicieron en 1366 el viaje a Roma "per vedere quelle magnificenze antiche che al presente si possono vedere in Roma".

bellas y mejor conservadas.⁷ Sin embargo, quedaba aún infinitamente más de lo que hoy día se mantiene en pie y parece que muchas ruinas mostraban todavía sus revestimientos y sus incrustaciones de mármol, las columnas de sus frontis y otros ornamentos, mientras en la actualidad sólo subsiste el esqueleto de ladrillos. Con tal situación hubo de contar el comienzo de un intento serio de topografía de la ciudad antigua. En las *Peregrinaciones a través de Roma* de Poggio⁸ encontramos por vez primera íntimamente enlazado el estudio de las ruinas mismas con el de los viejos autores, y el de las inscripciones (que tenía que descubrir a través de la maleza);⁹ aquí la fantasía queda frenada y eliminado deliberadamente el recuerdo de la Roma cristiana. ¡Lástima que el trabajo de Poggio no fuese mucho más extenso y no tuviera ilustraciones! Aún encontró conservadas muchas más cosas que Rafael ochenta años después. Él mismo vio todavía completos el sepulcro de Cecilia Metella y

⁷ Un dato que nos demuestra cómo durante la Edad Media, hasta en países extranjeros se consideraba a Roma como una cantera, es la noticia según la cual el célebre abad Sugerius, que (por el año 1140) andaba a la busca de fustes descomunales para sus obras de Saint-Denis, les había echado el ojo nada menos que a los monolitos graníticos de las termas de Diocleciano. Pero parece que lo pensó. (*Sugerii libellus alter* en Duchesne, *Scriptores*, IV, pág. 352). Carlomagno había sido, indudablemente, más modesto en sus pretensiones.

⁸ *Poggi opera*, fol. 50 y sigs. *Ruinarum urbis Romae descriptio*, escrita hacia 1430, poco después de la muerte de Martín V. Las termas de Caracalla y Diocleciano tenían aún sus incrustaciones y sus columnas.

⁹ Poggio como primer coleccionista de inscripciones en sus cartas en la *Vita Poggi*, Muratori, XX, col. 177. Como coleccionista de bustos, columna 183.